

Chile milenario



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

Chile milenario

Esta obra fue realizada con el auspicio de



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Presentación

En poco más de cien años de investigación la arqueología ha demostrado que la historia de Chile es casi treinta veces más larga que los cinco siglos transcurridos desde la llegada de los españoles. Los artículos de este libro se concentran, precisamente, en esa *historia larga*, que es la de los arqueólogos y los antropólogos, no la de los historiadores. Una historia que, al empezar con los primeros grupos humanos llegados a una remota quebrada del desierto nortino, a la desembocadura de un esterito de Los Vilos, a la orilla de una laguna de Tagua Tagua hoy desaparecida, a los bordes de un riachuelo cerca de Puerto Montt, a un abrigo rocoso de la Patagonia o a una playa de Isla de Pascua, nos recuerda que todos los que han vivido o viven en el territorio chileno somos, de alguna manera, descendientes de inmigrantes, de gente venida de afuera.

Precedidos por un prólogo que intenta dar una mirada contemporánea a la historia prehispánica de Chile y seguidos por un capítulo final sobre nuestro mundo indígena actual, los capítulos centrales de este libro ofrecen una visión actualizada de la prehistoria chilena, que se enfoca en la multiplicidad de historias, logros y realizaciones de los pueblos y las culturas que crearon e hicieron suya esta loca geografía. Son relatos que evidencian una herencia cultural acumulada que es tan rica y potente como la que nos legaron los europeos a partir del siglo XVI. Una herencia plena de hallazgos y creaciones que revelan la originalidad y el talento de quienes nos precedieron en la ocupación de este Chile varias veces milenario.





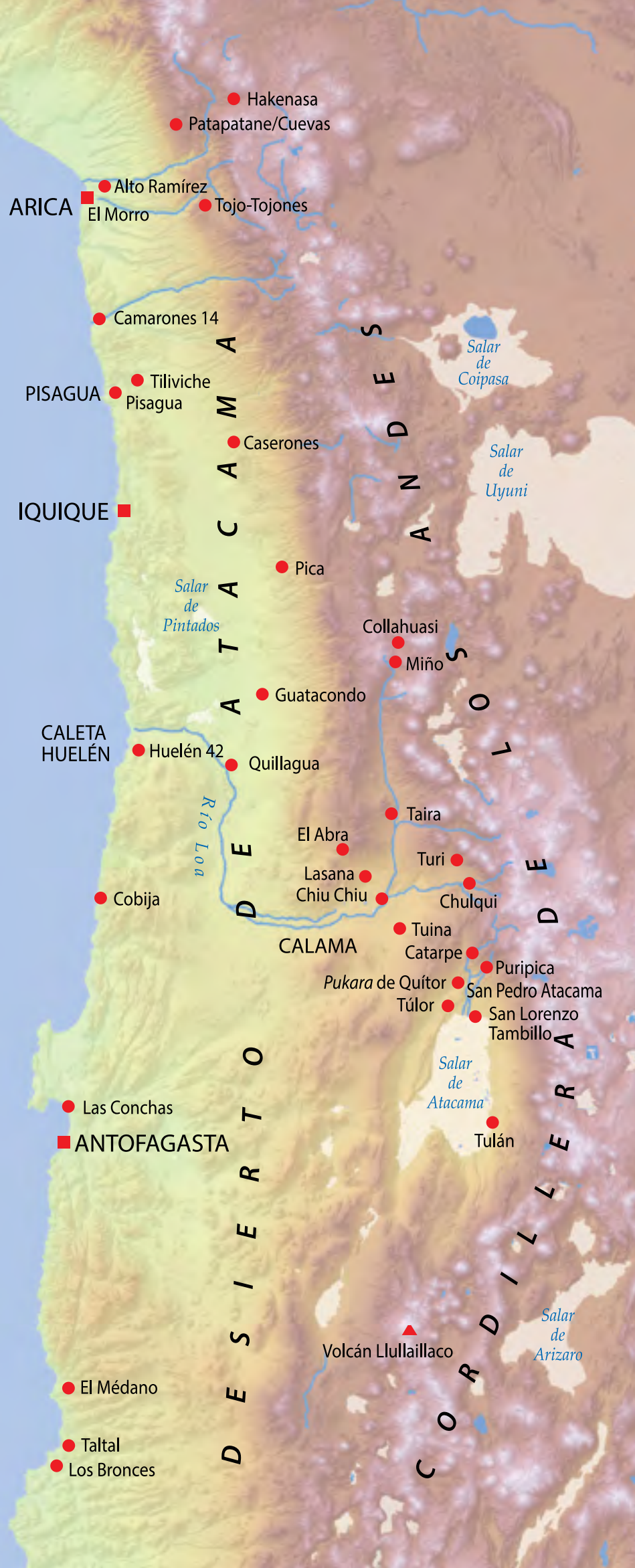
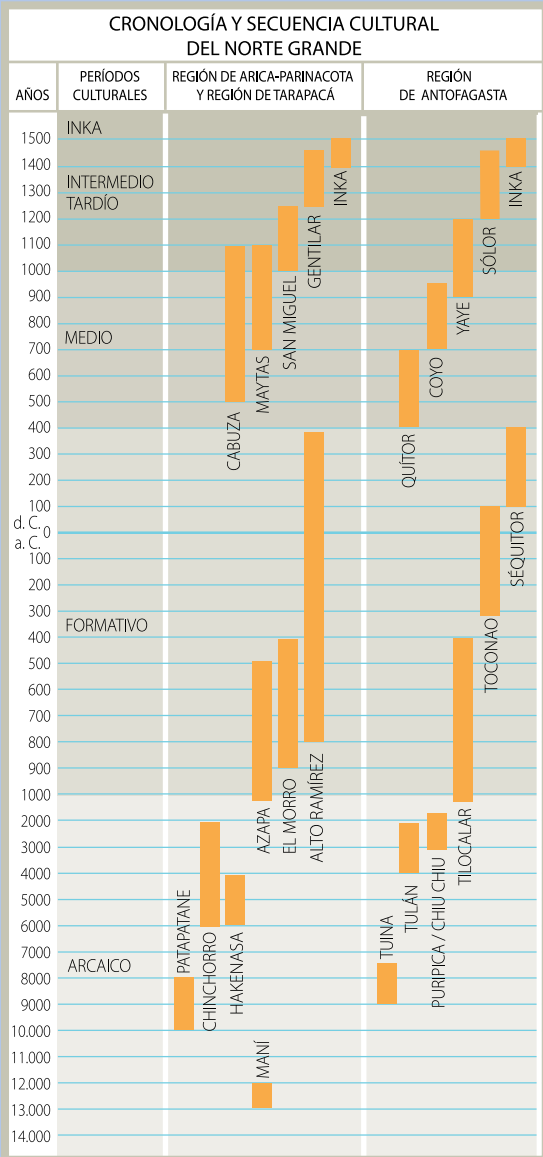
I

El país del desierto extremo de la Tierra

El Norte Grande
en la prehistoria

José Berenguer Rodríguez

OCÉANO PACÍFICO





En los más de mil kilómetros que separan a Arica del valle de Copiapó, el altiplano, el desierto y la costa del Norte Grande de Chile reúnen ambientes tan extremos y contrastados, como si estuvieran juntos los Himalayas, el desierto del Sahara y el mar de Bering. Es el desierto, sin embargo, su rasgo geográfico más sobresaliente.

Ningún otro lugar en el mundo es tan seco y desolado. Las lluvias son casi inexistentes y sus pocos ríos son simples riachuelos que apenas llegan al océano, cuando no desaparecen antes, evaporados en la atmósfera o tragados por este enorme territorio de rocas, arenas y sal. No obstante, la investigación arqueológica demuestra que la vida humana floreció allí desde hace casi trece mil años. Jamás la aridez fue un obstáculo insalvable para la gente que asentó en este territorio. Tampoco lo fue el que los recursos para la subsistencia estuvieran tan dispersos, y, a la vez, concentrados en tan pocos lugares. La clave para superar estas limitaciones fue la gran movilidad de los grupos para acceder a esos recursos y una intensa interacción social y económica entre las diversas comunidades que habitaron este territorio.



La boleadora fue una de las armas arrojadas más efectivas para cazar camélidos salvajes (ilustración: J. Pérez de Arce).



24

En un comienzo, los habitantes de la costa se limitaban a recoger mariscos en las playas y roqueríos, y a capturar peces de orilla. Más adelante incorporarían el anzuelo y el sedal para alcanzar peces de profundidad (dibujos: A. Olave).

LOS PRIMEROS NORTINOS

A fines del Pleistoceno, el Norte Grande era algo diferente a lo que es hoy en día. El nivel del mar estaba muy por debajo del actual, por lo que la costa era muy distinta a la que conocemos. Las temperaturas eran más bajas y las lluvias en la cordillera eran mucho más frecuentes. Algunos salares eran entonces lagos rodeados de estepas, donde merodeaban manadas de caballos salvajes, megaterios y paleolamas. Es posible que algunos grupos humanos adaptados a este clima hayan vivido de la caza de esos grandes herbívoros hoy extinguidos, pero los restos de esos cazadores primordiales, conocidos en otras partes de Chile y América como Paleoindios, no han sido aún localizados aquí por los arqueólogos.

Desde entonces y a través de gran parte del Holoceno, que es la edad geológica que sigue al Pleistoceno, se fue imponiendo gradualmente en el territorio nortino un clima más cálido y más árido. El largo período de ocupación humana que comenzó en esta época se conoce como Arcaico y se caracteriza por una economía de simple apropiación de los recursos de subsistencia, ya sea por medio de la caza, la pesca, la recolección o una combinación de estas actividades.

En el altiplano de las regiones de Arica y Parinacota y de Tarapacá, las comunidades cordilleranas del Arcaico Temprano basaron su subsistencia en la caza de vicuñas, ciervos cordilleranos como la *taruka* (huemul nortino), y diversas especies de roedores y aves. Entre diez mil y ocho mil años atrás, pequeños grupos de cazadores-recolectores habitaban cuevas y abrigos rocosos, dispersos en la alta puna y en las quebradas adyacentes. Basuras dejadas por estos antiguos nortinos han sido encontradas en los sedimentos más profundos de abrigos rocosos localizados en las tierras altas de Arica, tales como Tojo-Tojones, Las Cuevas, Puxuma, Hakenasa y Patapatane. Esta gente no necesitaba alejarse mucho de sus campamentos para conseguir los recursos que hacían posible su subsistencia. Les bastaba subir a la alta puna en verano y descender a las quebradas vecinas en invierno.

Por mucho tiempo, estos cazadores-recolectores hicieron esporádicas incursiones a la costa, pero solo comenzaron un persistente proceso de adaptación al litoral del Pacífico hacia el 6000 a.C. Se piensa que estos desplazamientos fueron estimulados por la variación del clima altiplánico hacia condiciones más cálidas y secas que las prevaecientes hasta ese entonces, que habría producido una disminución de los recursos en las tierras altas. La fase más temprana de esta etapa cultural, sin embargo, no ha sido aún registrada en el litoral del Pacífico, tal vez porque sus sitios arqueológicos se encuentran hoy bajo el mar.

Varios asentamientos humanos de este período han sido descubiertos en algunos pisos ecológicos intermedios entre la puna y la costa. En Tiliviche, un pequeño oasis situado a unos 40 kilómetros al interior de Pisagua, grupos de cazadores-recolectores habitaron el lugar entre los años 8000 y 4000 a. C. En los alrededores recolectaban raíces de totora y vainas de tamarugos y algarrobo, procesándolas mediante artefactos de molienda. Las basuras de Tiliviche contienen corontas y granos de maíz, indicando una temprana disponibilidad de esta planta, posiblemente domesticada en otra parte. Entre los desperdicios, los arqueólogos descubrieron también productos traídos del litoral, de modo que esos cazadores-recolectores perfectamente pueden haber sido oriundos de la costa.

Inicialmente, la explotación del mar se limitaba únicamente a la recolección de mariscos en los roqueríos y a la captura de peces que se internaban en las pozas dejadas por la baja marea. Hacia el 4000 a. C., sin embargo, los grupos asentados en la costa habían desarrollado técnicas para capturar peces desde las profundidades. Utilizaban para ello ingeniosos anzuelos hechos de conchas de choro, provistos de pesas de piedra. Usaban también redes, chopes (instrumentos para desconchar moluscos) y una serie de objetos elaborados con fibras vegetales. A este período pertenecen sitios como Quiani, un basural localizado en una playa al sur de Arica y Camarones-14, un sitio habitacional y cementerio emplazados sobre una de las terrazas de la desembocadura del valle de Camarones. En los alrededores de este último sitio y a lo largo de varios milenios, diversas familias de pescadores cazaron lobos marinos, atraparon peces y recolectaron mariscos.

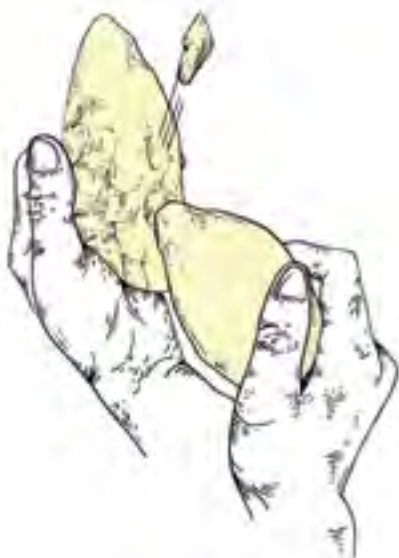
Precisamente en este lugar los arqueólogos descubrieron las evidencias más antiguas de momificación artificial encontradas



Estos dos personajes de Quiani, en Arica, llevan los atuendos característicos de fines de la época de Chinchorro (ilustración: J. Pérez de Arce).

hasta ahora en el mundo. Esta vieja costumbre funeraria y la cultura que la practicaba se conocen como Chinchorro, ya que fue descubierta por primera vez en la playa ariqueña de ese nombre. Un posible antecedente es Acha, un sitio de más de ocho mil años de antigüedad localizado en el valle de Azapa, que aunque no presenta este tipo de momificación, es considerado como los inicios de la tradición Chinchorro. A partir del 3500 a. C., esta sofisticada práctica funeraria se extendía por el litoral del Pacífico desde Ilo, en Perú, hasta Iquique. El procedimiento de momificación consistía en la extracción de los músculos y las vísceras del cadáver, que eran sustituidos por vegetales, plumas, trozos de cuero, vellones de lana y otros materiales. Luego, el cuerpo era cubierto con

una capa de arcilla. Con pelo humano confeccionaban una peluca que colocaban en la cabeza del difunto. Esta práctica alcanzó sus versiones más complejas hacia el 3000 a. C. y comenzó a simplificarse hacia el 2000 a. C., conservándose en su etapa terminal tan solo el uso de mascarillas de barro. De este último período perduran anzuelos hechos con espinas de cactus, arpones, cestería, mantas de lana y cuero de guanaco, entre otros objetos. Durante varios milenios la gente de Chinchorro había gozado de un ambiente marino particularmente rico, estable y predecible, pero hacia el 1000 a. C., cambios en esas condiciones condujeron a la desaparición de la distintiva economía marítima especializada que caracterizó a esa cultura.



Al norte de la ciudad de Antofagasta, en la quebrada de Las Conchas, los arqueólogos descubrieron un gran basural dejado por cazadores-recolectores marinos hace unos diez mil años. Entre los desperdicios, había abundantes conchas de moluscos, así como huesos de peces, lobos de mar, cetáceos, aves, roedores y unos cuantos guanacos. Las basuras incluían instrumentos de piedra para cazar animales y faenarlos, artefactos de molienda y puntas de proyectil hechas en arenisca. Había también unas curiosas piedras discoidales y poligonales, igualmente hechas en areniscas, que son muy parecidas a otras encontradas en Huentelauquén, un sitio del Norte Chico situado junto al río Choapa. La función de estos litos geométricos no ha podido ser clarificada, si bien su forma, el que se encuentren junto a extensos fogones, en cercanía a vertientes y que —al igual que otros instrumentos— hayan sido confeccionados en materiales deleznable, sugiere un propósito más ceremonial que utilitario.

En el interior de la Región de Antofagasta, al este y sureste de la actual ciudad de Calama, grupos del período Arcaico Temprano, denominados Tuina, vivieron entre los años 10.000 y 7500 a. C., en cuevas como San Lorenzo, Chulqui y Tuina en las proximidades de aguadas y quebradas, cazando camélidos silvestres con dardos provistos de puntas triangulares. Los cazadores Tuina incursionaban también tanto hacia las orillas de las lagunas de la puna, como hacia los oasis y lugares próximos al salar de Atacama, intentando optimizar el acceso a diferentes recursos.

Poco conocida es la siguiente etapa, que se extiende entre los años 7000 y 6000 a. C., y que coincide con una gran aridez en toda la región. Estos cazadores-recolectores ya no ocupaban únicamente las cuevas como lugares de habitación. Construían viviendas semisubterráneas con muros de piedra y planta circular, conformando pequeños campamentos al aire libre. El trabajo que supone construir estos recintos, así como su diseño tendiente a proteger a los moradores de las temperaturas extremas, sugieren cierta estabilidad de estos asentamientos o, al menos, que las viviendas eran reutilizadas periódicamente durante estancias relativamente largas. Uno de estos campamentos estuvo emplazado a unos 27 kilómetros al sur de San Pedro de Atacama, virtualmente en la orilla del salar de Atacama. Se trata de la vega de Tambillo, lugar que ha servido para dar nombre a la gente de esta etapa cultural. En primavera y verano, miembros de las comunidades Tambillo subían hasta la alta cordillera para cazar vicuñas, guanacos y suris (avestruces andinas), así como para proveerse de rocas volcánicas con las que manufacturaban cuchillos, perforadores, puntas de proyectil y otras herramientas. El resto del año, cazaban aves y roedores en las inmediaciones del salar. En morteros de piedra de cavidad cónica molían frutos que recolectaban en las arboledas de los oasis. Otros grupos Tambillo se concentraban al norte del salar, donde aluviones de lodo y piedras habían cerrado la quebrada de Puripica y formado una pequeña laguna. Con recursos concentrados en tan pocos lugares y en un período de extrema aridez, los cazadores aumentaron sus encuentros con los guanacos y las vicuñas que acudían también a esos

ambientes privilegiados. Esta coexistencia conduciría a comprender mejor los hábitos de los camélidos salvajes y, a la larga, a la domesticación de algunos ejemplares. El éxito de este nuevo estilo de vida del Arcaico es más claro después del 4000 a. C., cuando se multiplican los campamentos en torno a lagos, arroyos y oasis de pie de puna.

Cuando esto ocurría en Antofagasta, los cazadores-recolectores de la puna ariqueña mantenían diferentes circuitos de movilidad según los cambios de las estaciones del año. Uno de estos grupos se cobijó por un tiempo en la cueva de Patapatane hacia el 3000 a.C. Dejaron allí un fragmento de roca pintada con tres figuras humanas junto a algunos ejemplares de ullucu e isaño, tubérculos de altura que podrían estar documentando una temprana domesticación de estas plantas en algún lugar del altiplano.

Entre los años 3000 y 1500 a.C., en pleno período Arcaico Tardío, grupos provenientes de sectores aledaños a la cordillera andina de la Región de Antofagasta empiezan a levantar sus campamentos base en alturas moderadas de las quebradas. Aprovechaban allí las vertientes y zonas húmedas, ricas en forraje, donde pululaban camélidos salvajes. Aprovechaban también los afloramientos rocosos para proveerse de materias primas con las que confeccionaban buriles, perforadores, raspadores y raederas. Para las cacerías con armas arrojadas manufacturaban diversos tipos de puntas de proyectil, principalmente en forma de hojas de laurel. Confeccionaban también diferentes tipos de cuchillos para faenar a sus presas. En primavera y verano, organizaban grupos que subían a las zonas altas de la cordillera para cazar vicuñas y aprovisionarse de obsidiana. Descendían cuando se iniciaba el frío invierno altiplánico, que hace imposible la vida humana en la inclemente puna atacameña. En el intertanto, otros grupos bajaban a las vegas y lagunas del salar, y a los bosques de algarrobos y chañares de los oasis, que proporcionaban los frutos que integraban su dieta vegetal. Al igual que en la etapa de Tambillo, estos campamentos base eran aglomeraciones de recintos semisubterráneos con muros de piedra y planta circular. Ahora, sin embargo, había aumentado notablemente la cantidad de estos campamentos, los cuales estaban dotados de un mayor número de estructuras residenciales.

Tanto en el confín sur como en el norte del salar de Atacama, los grupos Puripica-Tulán comienzan a amansar camélidos y a reunirlos en rebaños para proveerse de carne y lana en forma más segura. Se piensa que estos mismos grupos lograron desarrollar llamas para el transporte de carga. No obstante, su actividad principal continuaba siendo cazar camélidos silvestres y recolectar productos vegetales.

A fines del tercer milenio a. C., las comunidades Puripica-Tulán ocupaban casi todas las quebradas del interior de Antofagasta, alcanzando por el norte hasta los cursos medio y superior del río Loa, donde se les conoce como Chiu Chiu. Decenas de campamentos de estos cazadores-domesticadores de vida semisedentaria han sido encontrados en el oasis de este nombre. Unos 35 kilómetros al norte del oasis, en el valle del Alto Loa, emplazaban sus campamentos de verano junto a las vegas y a la orilla de pequeñas y efímeras lagunas formadas por represamientos del río producidos por grandes aluviones

o erupciones volcánicas. Períodos de sequía, con dramática disminución de aves, pastos y vegetales, habían llevado a estos antiguos antofagastinos a intentar tanto la crianza de camélidos domésticos como el cultivo de algunas plantas comestibles, así como a moverse periódicamente hacia lugares distantes de sus bases residenciales en busca de los recursos que aseguraban su subsistencia. Precisamente, en Caleta Huelén, en la desembocadura del río Loa, los arqueólogos encontraron una aglomeración de casi un centenar de recintos semisubterráneos que son muy similares a los de Tulán, Puripica y Chiu Chiu. En años recientes, se ha incrementado el hallazgo de estos agrupamientos de estructuras habitacionales al borde del mar; en un tramo que abarca desde la península de Mejillones por el norte hasta Taltal por el sur. La presencia de obsidianas y plumas de aves cordilleranas en varios de estos tempranos asentamientos costeros y de conchas de moluscos del Pacífico en el interior, sugieren claramente la existencia de un tráfico de bienes entre mar y cordillera, que con el tiempo se convertiría en una de las actividades más características de la región.

Durante más de seis milenios, los primeros nortinos mantuvieron estilos de vida basados en el mero aprovechamiento de los recursos naturales. Paulatinamente, fueron adaptándose a las drásticas oscilaciones climáticas que experimentó el Norte Grande durante el Holoceno, sacando ventaja de las oportunidades brindadas por estas condiciones cambiantes. En las postrimerías de este largo proceso, los grupos arcaicos controlaban casi todos los nichos ecológicos apropiados para la vida humana, se hallaban experimentando con la domesticación de animales y plantas, y estaban adoptando un modo de vida cada vez más sedentario.

ALDEANOS DEL DESIERTO

Al comienzo del segundo milenio antes de nuestra Era, las poblaciones de cazadores-recolectores del Norte Grande habían incorporado a su dieta algunas plantas domesticadas. Aunque la presencia de estos cultivos no había modificado grandemente su estilo de vida, esta innovación representaba el primer antecedente de un cambio económico que cristalizaría poco más tarde en una sólida producción de alimentos vegetales. El período que comenzaba es conocido por los arqueólogos como Formativo.

Cambios producidos en las condiciones del mar, que se relacionan con fenómenos de El Niño cada vez más intensos y frecuentes, produjeron por aquel entonces el abandono de muchos sitios costeros. Básicamente, este fenómeno —que ocurre hasta el día de hoy— consiste en el ingreso de aguas marinas tropicales que provocan un alza en la temperatura del mar y cambios en la salinidad de las aguas. Su impacto se refleja en la desaparición o el alejamiento de especies pelágicas (océanicas), la muerte de las aves marinas que viven de ellas, un aumento de especies de aguas cálidas y, en general, condiciones desfavorables para la supervivencia de la fauna marina local, con obvios efectos sobre las comunidades costeras.

En el extremo norte, la gente que experimentó con mayor crudeza los cambios por el fenómeno de El Niño, pasó de



Los metates sirvieron para moler granos de maíz, vainas de algarrobo y otros productos vegetales y convertirlos en harina (ilustración: E. Osorio).

momificar artificialmente a sus muertos en entierros colectivos, a celebrar rituales mortuorios menos complejos en entierros individuales. Se las arreglaron también para disponer de una base de sustento más amplia, que incluía productos hortícolas y de redes de intercambio más extensas. Se cree que fue por entonces que algunos grupos costeros “descubrieron” la productividad de los valles, trasladándose a los cursos medios de los ríos para convertirse en horticultores, aunque está claro que el desplazamiento ocasional de grupos costeros hacia el interior fue una práctica que comenzó con mucha anterioridad, como vimos en el caso de Tiliviche.

Restos arqueológicos de algunos de estos primeros chacareros han sido encontrados a partir del 800 a. C. en el valle de Azapa, nombre que ha servido para denominarlos. Vivieron en sencillas habitaciones de totora emplazadas en torno a vertientes, subsistiendo del cultivo de zapallos, calabazas, achiras, ajíes, porotos, quinua y maíz. Recolectaban también vainas de algarrobo y obtenían diversos productos del mar mediante intercambios con los pescadores. La gente de Azapa estaba en posesión de una serie de nuevos adelantos. Elaboraban una cerámica monocroma cuya pasta contiene inclusiones vegetales y conocían los rudimentos de la metalurgia del cobre, dos innovaciones técnicas que, según algunos autores, acusan conexiones culturales con grupos aldeanos más avanzados radicados en el altiplano de Bolivia. Se sabe que estos individuos vestían cobertores púbcos,

adornaban sus tobillos y muñecas con cintas de lana de las que colgaban cuentas de hueso y semillas, y cubrían sus cabezas con gruesas madejas de lana, a modo de turbantes, por lo que se les conoce genéricamente como “enturbantados”. En poco tiempo, el acceso a la lana producida por los pastores de las tierras altas llegó a ser un importante signo de prestigio entre los pescadores y los horticultores de tierras bajas. Así también, ofrendar el turbante en el momento del entierro se constituyó en el principal medio para ostentar la riqueza del difunto y su linaje.

Mucha “gente de turbante” vivía en los alrededores del Morro de Arica. Eran principalmente pescadores, dueños de una elaborada tecnología para explotar los recursos marinos, incluyendo, quizás, algún tipo de embarcación que les permitía acceder a una fracción más amplia de océano hasta ese momento inexplorada. Al igual que sus vecinos de valle adentro, los del Morro utilizaban cerámica hecha con temperante vegetal, elaboraban canastos ornamentados con diseños geométricos y grababan a fuego las calabazas con diseños de aves y otros motivos. También hilaban lana de llama y confeccionaban textiles, combinando colores como el azul, el rojo y diversas tonalidades de café. Es con estas antiguas poblaciones de enturbantados cuando empieza a popularizarse en el Norte Grande la práctica de inhalar polvos psicoactivos por la nariz. Depositaban estas sustancias en conchas de bivalvos o en tabletas de madera especialmente talladas para ese efecto, inhalándolas mediante tubos hechos con huesos de aves, quizás como una manera de asociar simbólicamente esta práctica con el “vuelo” chamánico.

Siempre en el valle de Azapa, alrededor del 500 a. C., un grupo de enturbantados vivió del cultivo de maíz, ají, mandioca, quinua, poroto y camote. Esta gente, denominada Alto Ramírez por los arqueólogos, explotaba los recursos del mar; cazaba



La absorción de polvos alucinógenos por la nariz apareció primero en la costa del extremo norte de Chile, pero más tarde se extendió hacia los oasis del interior, aunque siguió siendo una práctica frecuente en el litoral (dibujo: A. Olave).

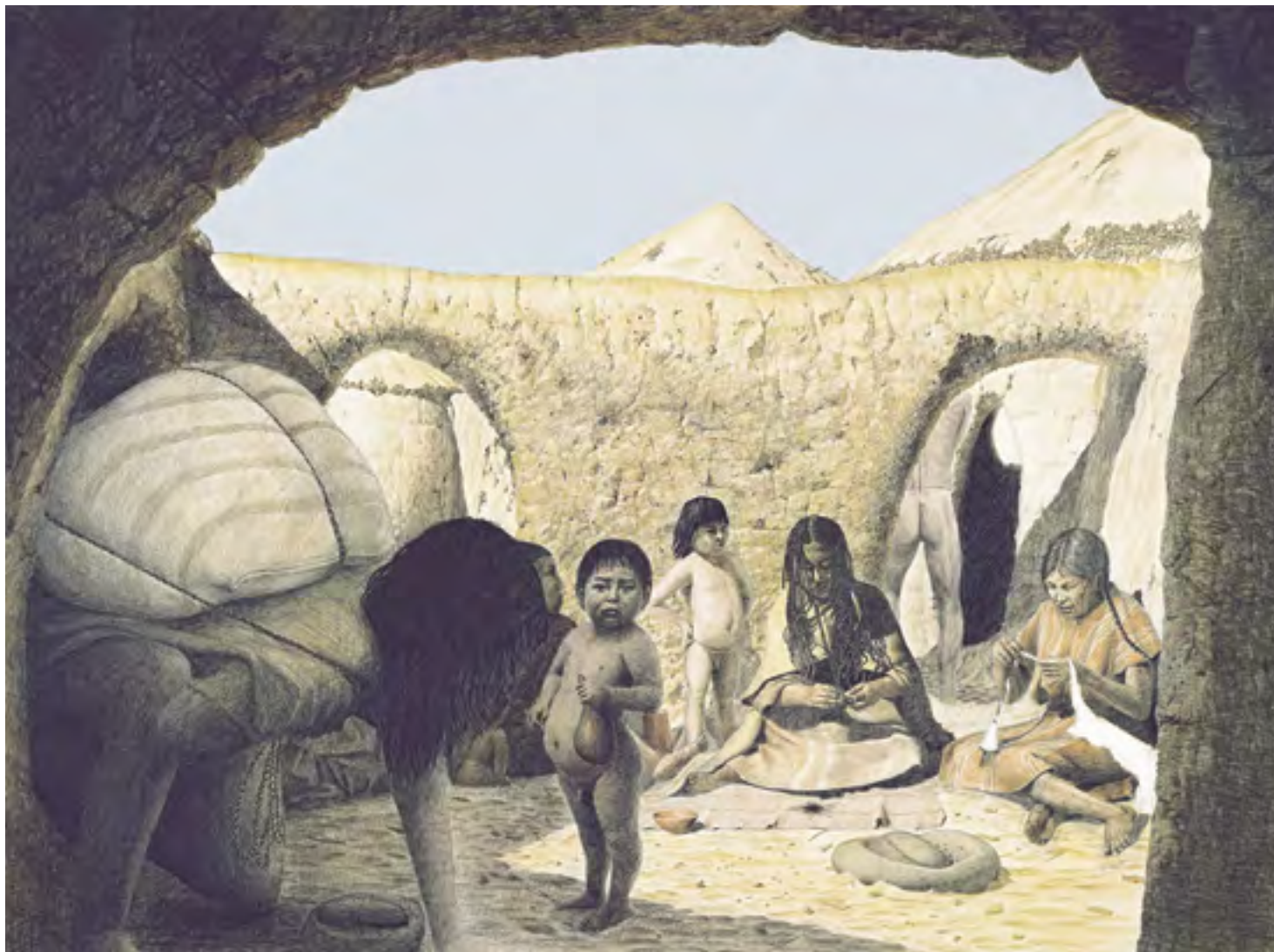


El trueque de collares y otros abalorios entre diferentes pueblos fue común durante la prehistoria, como lo expresa esta escena entre pescadores de la costa de Arica y agricultores de valle adentro (ilustración: J. Pérez de Arce).

animales terrestres con dardos arrojados mediante propulsores y cultivaba la tierra en pequeños huertos. Solían enterrar a sus muertos en montículos o túmulos formados por diversas capas de barro y fibras vegetales. Se piensa que las comunidades Alto Ramírez mantuvieron estrechas relaciones con sociedades del altiplano peruano-boliviano. Y en efecto, los diseños de cabezas humanas cortadas y otros motivos que decoran sus finos tejidos multicolores, son muy similares a los representados en la cerámica y las esculturas de piedra de la cultura Pukara, un complejo

señorío que tuvo su centro político-religioso en el norte del lago Titicaca, en Bolivia. Otros autores, en cambio, piensan que la influencia altiplánica no fue tan importante, sosteniendo que los logros de la sociedad Alto Ramírez son parte de un proceso casi enteramente autóctono del norte de Chile.

Diversas comunidades de este tipo habitaron la costa y el interior de las regiones de Tarapacá y Antofagasta, dondequiera que hubiese suficiente agua para la vida humana y para el cultivo de plantas comestibles. Múltiples cementerios



Túlor, en San Pedro de Atacama, fue una de las varias aldeas con muros de barro que florecieron en el desierto chileno a comienzos de nuestra era (ilustración: J. Pérez de Arce).

de enturbantados, que fueron usados hasta bien avanzado el primer milenio de nuestra Era, han sido hallados en la quebrada de Camarones, Pisagua, quebrada de Tarapacá, Guatacondo, Quillagua, Calama, Quítor, desembocadura del río Loa y Cobija, entre varios otros lugares del desierto chileno.

En la Región de Antofagasta, el comienzo del período Formativo está marcado por un aumento relativamente fuerte de la humedad y por el desarrollo de un modo de vida mixto, que combina la caza de animales salvajes, la recolección de plantas silvestres, el pastoreo de llamas y el cultivo de diferentes plantas comestibles. Algunas comunidades empiezan a fabricar vasijas de cerámica, a confeccionar tejidos con lana de llama y a elaborar adornos de metal, mientras la vida se torna gradualmente más sedentaria. A partir de este período se cuenta con llamas más corpulentas, especializadas en el transporte de cargas, que pasan a integrar las caravanas que atraviesan el desierto y la puna. Como ninguna de las zonas de la región es capaz de sustentar por sí sola sociedades más complejas, los cambios de una economía exclusivamente cazadora recolectora a otra productora de alimentos se logran ganando a la vez en sedentarización y en movilidad. La aparente contradicción se explica por la necesidad de conciliar una vida estable en los caseríos agrícolas, con el

acceso a recursos complementarios localizados en diferentes elevaciones y a mucha distancia entre sí.

La explotación de yacimientos de turquesa, así como de malaquita, crisocola y otros minerales de cobre para la manufactura de cuentas de abalorio, joyas colgantes e incrustaciones en madera o hueso, es una actividad iniciada en el período anterior. En el Formativo, sin embargo, estos artículos se integraron dentro de una floreciente economía de intercambio de bienes suntuarios, que imprimió nuevos sentidos al tráfico con recuas de llamas. La demanda de estos artículos pequeños y valiosos se originó seguramente en rituales muy arraigados, donde las emergentes distinciones de estatus en la sociedad impregnaban a estos objetos de significados vitales para la reproducción social.

Se ignora, exactamente, cómo se produce la transición desde las últimas comunidades arcaicas tipo Puripica-Tulán o Chiu Chiu a la siguiente etapa del desarrollo cultural. Sin embargo, hacia el 1200 a. C., y en coincidencia con un período de mayor humedad que se inicia, los arqueólogos han identificado unos pocos asentamientos de este nuevo período en la quebrada de Tulán y en el pequeño oasis de Tilocalar. Se trata de aglomeraciones de recintos de piedra circundadas

por un muro, cubiertas por gruesas capas de basura, desechos originados en la manufactura de instrumentos de piedra, cenizas dejadas por los fogones de cocina y otros desperdicios cuya gran densidad acusa una vida más estable y sedentaria que en la etapa anterior. Pese a que la caza y la recolección siguen siendo importantes, la localización de estos asentamientos —tanto junto a los pastos de las quebradas como en los oasis de pie de puna— indica que la economía de los grupos Tilocalar combinaba la crianza de llamas con el cultivo de maíz, papas, quinua, calabazas y otros productos. En otras palabras, las antiguas comunidades Puripica-Tulán habían conseguido legar sus principales logros a las primeras sociedades formativas.

El clímax de este proceso se encuentra en un sitio ceremonial construido por pastores casi al final del salar de Atacama, en la pequeña quebrada de Tulán y que estuvo en actividad, aproximadamente, entre los años 1100 y 400 a. C. El piso original del sitio estaba a 1,80 metros de profundidad, rodeado por un muro ovalado sostenido por bloques verticales rematados con lajas horizontales. Muchas de las piedras de la construcción están grabadas y pintadas con cabezas de camélidos, camélidos atados y personajes cazando con dardos. Allí se encontraron fosos con ofrendas y los cuerpos de 26 recién nacidos, acompañados por recipientes de piedra grabados con camélidos humanizados, láminas de oro repujado con motivos tales como rostros humanos, serpientes y otros motivos. Los rituales asociados a este sitio incluyen semillas de cebil, sustancia alucinógena traída desde zonas trasandinas, indicando que las plantas visionarias desempeñaban un papel importante en la ideología que había detrás de las ceremonias.

Fragmentos de cerámica elaborada con tiras de greda superpuestas (corrugada), así como de cerámica decorada con modelados e incisiones, presentes en Tilocalar, Poconche y otros sitios de ambos lados de la cordillera de los Andes, sugieren que estas comunidades agroganaderas interactuaban con gente de una amplia área, incluyendo comunidades de otros oasis antofagastinos, del altiplano meridional de Bolivia y del Noroeste Argentino. Además de los ya mencionados recipientes de piedra, el equipo material de las comunidades Tilocalar comprendía artefactos de cobre y oro, arcos y flechas, cestería y una sencilla cerámica gris pulida gruesa, que parece ser el antecedente más directo de la bella cerámica gris y negra bruñida que florecerá en la región en las etapas siguientes.

La etapa equivalente a Tilocalar ha sido reconocida en el río Loa hacia el 1000 a. C. Se trata de una extensa aldea con recintos semisubterráneos localizada en el oasis de Chiu Chiu. Los huesos de camélidos silvestres encontrados en sus basuras muestran que la caza de guanacos continuaba siendo una actividad importante, pero hay también huesos de dos diferentes tipos de camélidos domésticos: una llama pequeña, posiblemente proveedora de carne para el consumo y de lana para confeccionar textiles, y otra más robusta, probablemente empleada como bestia de carga para el tráfico de caravanas. Entre los hallazgos de esta aldea destacan modestas artesanías tales como canastos y vasijas corrugadas, incisas y modeladas.

A pesar de que las comunidades Tilocalar tenían sus asentamientos principales en los oasis de pie de puna, en el verano algunos grupos acostumbraban subir con sus rebaños

a las quebradas y a la alta cordillera, para aprovechar así los nutritivos pastos que brotan con las lluvias estivales. Solían frecuentar las lagunas de altura, como Meniques y Miscanti, tal como lo habían hecho sus predecesores del período Arcaico. En estas incursiones, obtenían productos propios de esos ambientes altos, como obsidiana para manufacturar armas y herramientas, huevos y plumas de parinas (flamencos andinos), así como lana de vicuña, y pelo de vizcacha y chinchilla para confeccionar prendas de vestir, bolsas y otras piezas textiles.

Mientras la cantidad de habitantes fue pequeña en la región, cada oasis, por diminuto que fuese, se prestó bien para que los pastores-chacareros de las quebradas cultivaran allí sus huertos y complementaran su menú de proteínas animales con los indispensables carbohidratos proporcionados por los productos vegetales. A la larga, empero, fueron los oasis más grandes y con mayor provisión de agua, como San Pedro de Atacama, Chiu Chiu y Toconao, los que presentaron mayores posibilidades para la agricultura de más amplia escala, para el crecimiento de la población y para el asentamiento estable en aldeas de mayor envergadura. Fue precisamente en esos oasis donde floreció la cultura San Pedro.

La primera fase de esta cultura se conoce como Toconao (300 a. C. y 100 d. C.), porque es en ese oasis donde se encontraron por primera vez las ofrendas funerarias que la caracterizan. Destacan sus grandes vasijas rojo y negro pulidas, que incluyen vasos, botellas y grandes urnas decoradas con aplicaciones al pastillaje y rostros antropomorfos modelados. Notan los arqueólogos que la cerámica de esta fase tiene características muy heterogéneas, sin que pueda reconocerse un estilo propiamente local. En su mayoría, se trataría de piezas foráneas de diversa procedencia, probablemente obtenidas mediante intercambios por los individuos que manejaban estas transacciones con otros grupos y con el suyo propio. Es en el *ayllu* o parcialidad de Túlor donde se pueden conocer mejor los detalles de la vida diaria de la gente de esta fase del desarrollo atacameño. Túlor es una densa aldea de recintos de planta circular y muros de barro de forma abovedada, conectados por una infinidad de patios y pasadizos, situada casi al borde del salar de Atacama.

A comienzos de la siguiente fase Séquitur (100-400 d. C.) había ya varias aldeas parecidas a la de Túlor en Coyo, Beter y otros *ayllus* de San Pedro de Atacama. Esta gente confeccionaba finas botellas decoradas en el cuello con rostros antropomorfos de estilo naturalista, escudillas, vasos y otras vasijas de paredes altas y delgadas, todas de color gris o rojo y con la superficie pulida. La mayor homogeneidad estilística de esta alfarería sugiere que la identidad étnica de estas comunidades se hallaba ahora más definida. Los individuos de mayor estatus social acostumbraban fumar en grandes pipas de cerámica. Otros portaban uno o dos adornos de piedra insertados entre el labio inferior y el mentón (tembetás), así como collares de turquesa y otros abalorios. Unos pocos de ellos empezaban a aspirar polvos alucinógenos por la nariz, para lo cual empleaban tubos inhaladores, tabletas y otros instrumentos tallados en hueso o madera. Pronto la popularidad de los tubos y tabletas dejaría obsoleto el uso de pipas.



Desde comienzos del primer milenio a. C., los llamereros y sus recuas de llamas pasaron a ser un componente infaltable del paisaje del Norte Grande. En esta escena, la recua transita junto a los geoglifos de Cerro Sagrado, en el valle de Azapa (ilustración: J. Pérez de Arce).

Las poblaciones Séquitor vivían del cultivo en pequeña escala del maíz, poroto, ají, zapallo y calabazas. En desconocimiento aún de técnicas de riego más complejas, continuaban privilegiando lugares cercanos al salar para emplazar sus aldeas, como ocurre en Túlór. Allí, el agua de los ríos y las quebradas podía inundar sus huertas, antes de evaporarse o desaparecer en el subsuelo.

Palas y azadas, bellas cuentas de turquesa y malaquita, finas puntas de flechas triangulares con aletas y pedúnculos y otros instrumentos de piedra, así como fragmentos de cerámica gris pulida de Séquitor; han sido encontrados también en abrigos rocosos y campamentos al aire libre en la zona del río Loa. Estos pequeños asentamientos, localizados en lugares de mayor elevación que los oasis de pie de puna, indican que ahora la horticultura, la caza y el pastoreo en las quebradas intermedias desempeñaban un rol suplementario en la subsistencia de agricultores que ya estaban firmemente asentados en las aldeas de los principales oasis. En general, la presencia en los sitios habitacionales y cementerios de estilos cerámicos propios del Noroeste Argentino, como Condorhuasi, Vaquerías y Ciénaga, así como las pipas de cerámica, es una buena muestra de la amplitud de las conexiones culturales de las poblaciones Séquitor.

El tráfico con recuas de llamas es intenso en esta época. Restos de estos caravaneros se han encontrado en Calama asociados a grandes bolsas de cuero y canastas repletas con plumas de aves tropicales, conchas de moluscos marinos, quinua y papas del altiplano, así como productos agrícolas de los oasis atacameños.

Uno de los poblados más importantes de esta etapa del desarrollo cultural del Norte Grande es Caserones, situado en la quebrada de Tarapacá. Consiste en numerosos recintos de planta rectangular, circundados por un muro defensivo. Caserones puede haber albergado hasta quinientas personas, lo que es mucho para los estándares demográficos de la época. En las cercanías, sus habitantes cultivaban maíz y quinua, recolectaban vainas de algarrobos y tamarugos, mantenían rebaños de llamas y cazaban animales silvestres. Desde esta



Trazado de un geoglifo en la quebrada de Guatacondo (ilustración: J. Pérez de Arce).

aldea, partían caravanas en expediciones de intercambio con San Pedro de Atacama, los valles de Arica, el altiplano boliviano y diversos puntos del desierto y la costa. Algo más al sur, en la quebrada de Guatacondo, los arqueólogos encontraron una extensa aldea de recintos de planta circular y muros de piedra y barro, dispuestos en torno a un patio central. Se trata de otra importante población de enturbantados, en este caso dedicada a la agricultura, pero situada casi en los márgenes mismos del desierto. Los recintos poseen bodegas cavadas en el piso de las viviendas, donde sus moradores guardaban productos como maíz, porotos y vainas de algarrobo para los meses de escasez.

LAS RELACIONES CON EL LAGO SAGRADO

Promediando el siglo VI de nuestra Era, la vida en aldea, la agricultura y el pastoreo habían alcanzado un importante grado de estabilidad en el Norte Grande. Hacía mucho que sus habitantes habían consolidado redes de intercambio articuladas por diferentes circuitos de caravanas que trasladaban bienes entre asentamientos de una vasta área de los Andes Centro-Sur, que comprendía los valles del sur del Perú, el altiplano de Bolivia, el Noroeste Argentino y la cuenca del lago Titicaca. En el funcionamiento de esta red, desempeñaban un rol crucial los intercambios a nivel de jefes conforme a mecanismos de reciprocidad. Los contactos y los trasposos de artículos a larga distancia se efectuaban a través de un encadenamiento de interacciones entre líderes de comunidades que habitaban los espacios intermedios. Existía así un dinámico sistema solidario de interacción social e intercambio económico, que proporcionaba diversos grados de prosperidad en casi todos los rincones del Norte Grande.

Este es el momento en que empiezan a hacerse sentir las influencias de la cultura de Tiwanaku. Entre 200 y 300 d. C., el eje del prestigio y el poder político-religioso en el altiplano de Perú y Bolivia se había trasladado desde el viejo señorío de Pukara, en el norte de la cuenca del Titicaca, a Tiwanaku, en la orilla sur de este enorme mar de agua dulce. La emergencia allí de este Estado, representa el más alto nivel de desarrollo social, económico y político alcanzado por una sociedad prehispánica en los Andes al sur del Cusco. Durante la segunda mitad del primer milenio de nuestra Era, la capital de Tiwanaku y sus varios asentamientos urbanos se convirtieron en el centro neurálgico de una de las sociedades más gravitantes en la compleja historia cultural de los Andes. La monumentalidad de sus pirámides, templos, palacios y esculturas de piedra tiene pocos parangones en el mundo andino. Sus tejidos, cestos, cerámicas, objetos de oro y plata, y una gran cantidad de otras finas artesanías, están entre los más eximios objetos de arte producidos por las antiguas culturas de América.

Tiwanaku ejerció una importante influencia cultural en el Norte Grande de Chile, pero esta influencia fue diferente según las regiones. En Azapa, se manifestó a través de las comunidades conocidas como Cabuza. Estos agricultores de raigambre altiplánica trajeron nuevos instrumentos de labranza y técnicas de irrigación más complejas, que les sirvieron para



Los gorros de cuatro puntas, las túnicas y las vasijas a los pies de los personajes caracterizan la época de influencias de Tiwanaku en el valle de Azapa, Arica (ilustración: J. Pérez de Arce).

cultivar maíz, camote, fréjol, quinua, zapallo, jícama, calabaza, coca y otros productos que complementaban los recursos propios del altiplano. Se piensa que la producción de las tierras bajas era llevada a los asentamientos de la cuenca del Titicaca vía caravanas de llamas. En el valle, los Cabuza habitaban sencillas viviendas de planta rectangular; cimientos de piedra y muros de caña y totora amarradas con sogas, que estaban emplazadas junto a los campos de cultivo. Enterraban a sus muertos en posición fetal o en cuclillas, envueltos en elaboradas túnicas de lana (*unkus*) liadas con cuerdas de totora, y acompañados de ofrendas mortuorias. Los difuntos portan gorros semiesféricos o de cuatro puntas, este último típico de Tiwanaku. Entre sus enseres destacan cucharas ceremoniales, vasos (*keros*) para beber chicha, diversas formas de tazones, escudillas y jarros de variados tamaños. Generalmente, la vajilla de esta gente presenta la superficie pintada de rojo y decorada con diseños en negro de espirales, líneas onduladas y triángulos formando columnas o motivos escalonados. Según algunos arqueólogos, la administración de estas colonias estaba a cargo de unos pocos funcionarios de Tiwanaku. Las tumbas de esta elite contienen básicamente la misma clase de objetos que el resto de la población, pero estos son notoriamente más finos y de mayor calidad. El estudio de los cuerpos de estos individuos revela que gozaron de mejores condiciones de vida que el resto de los habitantes del valle.

Durante un tiempo, los Cabuza coexistieron con las últimas comunidades Alto Ramírez. Mantuvieron también relaciones



El oasis de San Pedro de Atacama fue una importante plaza de intercambio de productos provenientes de una amplia área de los Andes Centro Sur. Esta escena, con el volcán Licancabur al fondo, es de la época de influencias de Tiwanaku (ilustración: J. Pérez de Arce).

de intercambio con los pescadores de la costa, de quienes obtenían algas, pescados, mariscos y guano que transportaban al altiplano. A partir del siglo VIII, compartieron pacíficamente el valle con los agricultores Maytas-Chiribaya. Los restos arqueológicos de estos últimos se distribuyen por la costa desde Ilo, en Perú, hasta los valles ariqueños, principalmente. Dentro del acervo cultural de estos agricultores destacan finos textiles, cucharas ceremoniales y *keros* tallados en madera. Aunque en esta época hay varios estilos de cerámica, el más característico es el estilo Maytas, que incluye jarros y vasos que combinan figuras triangulares escalonadas dispuestas en hileras verticales, pintadas en blanco y negro sobre fondo rojo. La forma de las vasijas y los textiles es, en general, parecida a los de Cabuza. No es clara, sin embargo, la relación de estos agricultores costeros con Tiwanaku. Puede tratarse de comunidades completamente autónomas, pero también es posible que hayan estado sujetas en un comienzo a Tiwanaku y que se hayan emancipado más tarde de su control. De hecho, algunos de estos individuos usaron el típico gorro de cuatro puntas, tocado que parece haber operado como emblema de afiliación tiwanakota.

Las relaciones de Tiwanaku con San Pedro de Atacama, en cambio, fueron de una naturaleza muy distinta. Ciertos

individuos que manejaban los hilos del intercambio en la inmensa red que se había ido formando en la región, habían acumulado prestigio y poder dentro de la sociedad local, entre otras cosas a través del acceso a bienes importados. Al parecer, los bienes más codiciados provenían de Aguada, en el Noroeste Argentino y, sobre todo, de Tiwanaku. Es el caso de vasos, hachas, diademas, placas y otros objetos de oro encontrados en algunos cementerios, así como finísimos *unkus*, cerámicas, canastos, hachas de bronce, vaso-retratos y otros artefactos tallados en hueso o madera, muchos de ellos elaborados en la capital del Estado altiplánico o en alguno de sus centros regionales. El consumo nasal de sustancias psicoactivas, que desde la fase Séquitur había venido arraigando entre los varones de más alto estatus de la sociedad atacameña, sirvió también para reforzar estas relaciones, ya que muchos de los implementos para el uso de estas sustancias estaban decorados con las imágenes más sagradas del arte y la ideología religiosa de Tiwanaku.

El tipo más frecuente de equipo inhalatorio es una bolsa de lana que contiene una tableta de madera, un tubo de hueso o madera, una pequeña cuchara o espátula y una o dos bolsas de cuero para guardar los polvos psicotrópicos. El principal componente de estos polvos provenía de las



La figura representa a un individuo absorbiendo polvos alucinógenos por la nariz. La piel de jaguar alude a la transformación que experimentan los sujetos cuando consumen estas sustancias y emprenden un “vuelo” chamánico (ilustración: E. Osorio).

semillas del cebil, un árbol que crece desde aproximadamente Cochabamba (Bolivia) por el norte hasta Catamarca (Argentina) por el sur. Dada la gran incidencia de instrumentos inhalatorios en el oasis de San Pedro de Atacama, se cree que el tráfico de estas semillas desde zonas trasandinas fue de considerable importancia durante esta época, al parecer con cargas de retorno de minerales de cobre, turquesa y otras piedras semipreciosas.

Esta etapa de la cultura San Pedro, denominada Quítor, ocurre entre 400 y 700 d. C. y junto con la siguiente fase Coyo (700-950 d. C.) representan el lapso de más intensa vinculación con Tiwanaku y de mayor auge en toda la prehistoria atacameña. De hecho, se han encontrado objetos propios de este oasis en lugares tan distantes como la quebrada de Tarapacá en el norte, Salta en el Noroeste Argentino, Chiu Chiu, Conchi y el litoral del Pacífico, así como una probable colonia en Calahoyo, un lugar de la puna distante unos 300 kilómetros de San Pedro de Atacama. Durante la fase Quítor, la alfarería atacameña alcanzó su más alta expresión técnica y estética. Se trata de una cerámica negra con la superficie cuidadosamente bruñida, que incluye botellas con rostros antropomorfos estilizados en el cuello, vasos, cuencos,

escudillas grabadas y una diversidad de otras formas de vasijas. Hacia el siglo VIII, precisamente cuando las relaciones entre San Pedro y el Estado de Tiwanaku alcanzaron su máxima intensidad, esta tradición alfarera nativa comenzó a perder calidad, siendo reemplazada por una alfarería de factura más descuidada denominada “casi pulida”. Es la fase Coyo del desarrollo atacameño, que se extiende entre 700 y 950 d. C. Muchas de las mejores piezas de Tiwanaku arribaron al oasis justamente en este tiempo, aunque muy pocas llegaron a las comunidades del resto de la región.

LA ÉPOCA DE LOS PUKARAS

A partir del cambio de milenio y la caída de Tiwanaku, sobrevienen en los Andes cuatro siglos de extrema aridez, grandes movimientos de población y conflictos entre comunidades de diversos orígenes étnicos. Surgen en el altiplano peruano-boliviano numerosos reinos y señoríos independientes, en permanente lucha unos con otros. Acosados por las sequías —que alcanzan su clímax entre 1245 y 1310 d. C.— y siempre necesitados de productos no disponibles en el altiplano, estos reinos y señoríos ejercen



36

La guerra fue común en el desierto chileno durante la etapa tardía de su desarrollo cultural. La escena recrea una batalla en la que guerreros de San Pedro de Atacama defienden su posición desde el *pukara* de Quítor (ilustración: J. Pérez de Arce).

presión sobre los espacios productivos del Norte Grande, implantando colonias en los diferentes pisos ecológicos escalonados entre el altiplano y el litoral del Pacífico. De preferencia, estas poblaciones ocupan las cabeceras de valles y quebradas del Norte Grande, controlando el suministro de agua para los regadíos. Por estas razones, las relaciones de los pueblos del altiplano con los del desierto alcanzan durante este período un alto nivel de hostilidad. La veintena de *pukaras* o fortalezas que se construyen al pie del altiplano, entre Arica y San Pedro de Atacama, así como el incremento de cascos, corazas, mazos y otros objetos de combate, son fiel reflejo de los conflictos que marcaron esta época post-Tiwanaku.

Sobre la base del previo desarrollo Maytas-Chiribaya, emergió en los valles costeros y serranías del sur del Perú y del extremo norte de Chile la cultura Arica, una agrupación de comunidades agrícolas y pescadoras cuyas manifestaciones culturales se extienden desde Mollendo en Perú hasta el valle de Azapa en Chile. Su primera fase es San Miguel, que se reconoce por una alfarería de grandes cántaros globulares y jarras cilíndricas, decorados con figuras similares al estilo Maytas, así como diseños escalonados y medallones con figuras humanas y pájaros estilizados en rojo y negro sobre fondo blanco. Los textiles alcanzan en esta época una gran calidad técnica, incorporando diseños

mucho más complejos que en el período anterior, aunque las formas textiles son básicamente las mismas. Por otra parte, mientras los *keros* de esta época son muy similares a los de Maytas-Chiribaya, las cucharas de madera cambian a formas más funcionales. La siguiente fase de la cultura Arica es Gentilar, cuya cerámica presenta más de cuarenta formas distintas, destacando las jarras globulares. Se decoran con figuras aserradas, escalonadas, cruces, círculos y medallones que contienen figuras humanas, monos y felinos, en blanco y negro sobre fondo rojo, a veces con la superficie de la vasija finamente bruñida. El resto de las artesanías no varía mucho con relación a San Miguel. Las viviendas de estas poblaciones son de planta circular con un patio exterior, construidas con muros de piedra y caña en la costa, y de piedra, madera y paja en la sierra. Algunas aldeas, principalmente en la sierra, presentan más de un millar de recintos e incluyen estrechas vías de circulación interna, bodegas, corrales para el ganado y, en ocasiones, muros defensivos.

En San Pedro de Atacama, en tanto, ya no hay la variedad de objetos del período anterior. Las tumbas son tan pobres, que muchas veces no incluyen ni una sola vasija y, en ocasiones, carecen del más mínimo ajuar funerario. Los equipos para inhalar alucinógenos tienden rápidamente a desaparecer del oasis, al tiempo que aparecen en gran número en Calama,



En el extremo norte de Chile, la industria textil alcanzó una de sus máximas expresiones, como lo muestra la indumentaria de estos dos personajes de la cultura Arica (ilustración: J. Pérez de Arce).

Chiu Chiu, Lasana, Toconce y Caspana en la cuenca del río Loa, así como en la quebrada de Humahuaca, la puna de Jujuy y el valle Calchaquí en el Noroeste Argentino, todos lugares donde habían estado ausentes hasta ese momento. Es posible que la aparición de “gente de tabletas” en este enjambre de nuevos centros poblados, esté reflejando la pérdida del liderazgo regional que ejerció San Pedro a lo largo de todo el período anterior.

Los asentamientos adquieren gran envergadura, seña elocuente de que la población había crecido en forma considerable. En el oasis de San Pedro de Atacama deben haber proliferado asentamientos del tipo encontrado en el

ayllu de Sólor, formado por grandes recintos habitacionales con muros de barro, planta rectangular y con enormes tinajas para el agua o la chicha dispuestas en un rincón de la habitación. Los moradores enterraban a sus muertos en el interior de los cuartos dentro de grandes vasijas de greda.

Fieles a su tradición, los alfareros de la sociedad de San Pedro continúan manufacturando cerámicas de un solo color, pero ahora las revestían de un grueso engobe rojo y les daban formas más complejas. Una de las cerámicas más típicas de esta época es una escudilla alisada por fuera y pulida por dentro. Durante la fase Yaye (950-1200 d. C.), estas escudillas son negras en el interior y durante la siguiente fase Sólor (1200-1400 d. C.),



cambian a café o gris. Escudillas como estas, así como grandes ollas y cántaros de superficie alisada, se hallan presentes en casi todo el desierto, desde Pica por el norte hasta Taltal por el sur, pasando por las cuencas del río Loa y del salar de Atacama, marcando muy precisamente los alcances de la esfera de interacción de la más tardía fase del desarrollo cultural atacameño en su etapa preinkaica. Incidentalmente, se sabe que los atacameños de esta época disputaron con los indios de Pica y Tarapacá el control de los algarrobales y las tierras de cultivo de Quillagua, un oasis que fue clave para el dominio del desierto central y donde debe haber estado una de las fronteras entre atacameños y tarapaqueños.

Una distribución parecida a las escudillas recién referidas tienen los ganchos de madera para sujetar la carga transportada por las llamas, los cencerros de madera y las calabazas decoradas con diseños grabados a fuego. Los dos primeros artefactos son un buen indicio del intenso tráfico de recuas de llamas que caracterizó a esta época. De acuerdo a lo que muestran los ajuares funerarios, hubo intercambios de productos con los indios de Tarapacá, Pica, Potosí, Sud Lípez y Copiapó. Además, las caravanas atacameñas descendían a la costa con los productos de sus oasis y quebradas, regresando a Calama, Chiu Chiu y San Pedro de Atacama con pescados y mariscos secos que obtenían de los pescadores changos del litoral. Lo propio hacían las caravanas de la gente de los oasis tarapaqueños.

La escasez de objetos del Noroeste Argentino en las tumbas atacameñas, sugiere que las relaciones entre ambas áreas se habían reducido a un mínimo. Estilos alfareros de gran notoriedad en zonas trasandinas, como Santa María y Belén, están completamente ausentes en el salar de Atacama y el río Loa. No obstante, se encuentran con cierta regularidad en la región vasijas de estilo Yavi, manufacturadas por indios chichas de la quebrada de Humahuaca, con los cuales los atacameños mantuvieron una relación privilegiada hasta el momento de la llegada de los españoles.

Una penetración de indios lípez, procedentes del altiplano sur de Bolivia, es evidente en el curso superior del río Salado, donde se mezclan con indios atacameños. Esta fase cultural es conocida como Toconce y se caracteriza por sitios habitacionales con densos conjuntos de cerámica local, entierros en abrigos rocosos, torreones altiplánicos de función ceremonial (*chullpas*) y selectos tiestos típicos de la región boliviana de Sud Lípez. En algún momento postrero del período Intermedio Tardío las comunidades de Toconce pasan a compartir con la gente local la aldea de Turi, que en el siguiente período será controlada por los inkas.

BAJO EL IMPERIO DEL SOL

La expansión de los inkas, en el siglo xv, empezó con la conquista militar de territorios y grupos étnicos circundantes al Cusco. Continuó con la anexión de amplias áreas a ambos lados de los Andes peruanos y, en poco más de un siglo,



En oasis como Pica o la quebrada de Tarapacá, era frecuente el encuentro de personas de diferente origen y procedencia. Los tocados eran uno de los principales distintivos étnicos (ilustración: J. Pérez de Arce).



A fines del período prehispánico, el tráfico de caravanas alcanzó su máxima intensidad. Las expediciones de intercambio de los llameros vinculaban asentamientos del desierto, el altiplano, las selvas orientales y el litoral del Pacífico (ilustración: J. Pérez de Arce).

culminó con la conquista de un inmenso territorio que comprendía desde el sur de Colombia hasta Chile central. Con más de cinco mil kilómetros de longitud y una población calculada en unos diez millones de habitantes, el *Tawantinsuyu* fue el imperio prehispánico más extenso del continente. Su bien organizado aparato estatal movilizaba tropas, sacerdotes, funcionarios, personal de servicio y, muchas veces, comunidades enteras (*mitimaes*), a través de enormes distancias. En sus expediciones de conquista, el Inka ofrecía a los jefes indígenas locales (*kurakas*) someterse pacíficamente o por las armas. Si aceptaban, los colmaba de regalos, si no, los amenazaba con el arrasamiento total. Una vez producida la anexión, instauraba el culto solar y un régimen de gobierno basado en alianzas con los líderes nativos y en la redistribución de bienes y servicios. La riqueza obtenida era para el Estado, la religión y los gobernantes, estos últimos considerados hijos del Sol. En su cúspide, el Imperio Inka abarcaba cuatro grandes divisiones territoriales: *Antisuyu*, *Condesuyu*, *Chinchaysuyu* y *Collasuyu*. Por eso se le conocía como *Tawantinsuyu* o Imperio de las Cuatro Regiones. Chile, al igual que el sur del Perú,



Los inkas construyeron uno de los más vastos imperios de la antigüedad. Se piensa que correspondió al décimo emperador, Topa Inka Yupanqui, extender el dominio cusqueño hacia el Norte Grande, el Norte Chico y Chile central (ilustración: E. Osorio).

El *quipucamayoc* era el funcionario inkaico a cargo de llevar las cuentas del Estado en las provincias del *Tawantinsuyu*. Varios de estos instrumentos de nudos y cuerdas (*quipus*) han sido encontrados en cementerios del valle de Lluta, Arica (ilustración: J. Pérez de Arce).

Bolivia y Argentina, quedó comprendido en el Collasuyu, que correspondía a las provincias del sur del imperio.

La mita era un sistema en que los individuos eran obligados a ofrecer por turno su trabajo al Estado Inka por algunas semanas o meses, regresando después a sus tareas habituales hasta ser requeridos para un nuevo turno. El Estado asumía la responsabilidad de aprovisionar a los mitayos de materias primas y herramientas, y, siguiendo la ancestral etiqueta de la reciprocidad andina, de proporcionarles alimentos y bebidas. La hospitalidad estatal a estos trabajadores rotativos era, así, un componente clave en las relaciones entre gobernantes y gobernados. Mediante este sistema, en el Norte Grande los inkas lograron intensificar la extracción de los recursos del mar; la minería, la ganadería de camélidos y la industria artesanal, ampliar las áreas de cultivo e introducir nuevas técnicas para mejorar la productividad agrícola. En ocasiones, erradicaron a las poblaciones locales hacia otras partes, reemplazándolas con poblaciones traídas desde otras regiones (*mitimaes*). Y lo que es más notable: construyeron el Qhapaq Ñan, una extensa red de caminos, dotada de postas o tambos, tambillos y centros administrativos, que cruzaba el territorio entre Arica y Copiapó, interconectada por múltiples ramales transversales.

Durante el siglo xv y las primeras décadas del siglo xvi, un grupo de origen altiplánico vivió en el valle de Azapa en un pequeño pero bien ordenado asentamiento formado por una treintena de casas de caña y totora. Se trata de la aldea inkaica de Pampa Alto Ramírez, localizada a unos ocho kilómetros de la actual ciudad de Arica. Sus casi dos centenares de habitantes se alimentaban con maíz, ají, porotos, zapallos, camote, achira, plantas silvestres y cuyes, complementando este menú con raciones de mariscos, algas marinas y pescados. Esta aldea ejemplifica el tipo de asentamiento que los inkas establecieron en los valles bajos de esta región, cuyos habitantes estaban conectados con poblaciones vecinas, como aquellas enterradas en el cementerio costero de Playa Miller o, más al interior, como la aldea de Mollepampa en el valle de Lluta. Estas pequeñas "colonias" inkaicas trabajaban salando y secando pescados, y, en general, administrando la producción agrícola de los valles bajos, la explotación de los recursos marinos y la extracción de fertilizantes de las islas guaneras por parte de la población local. Seguramente, su misión era también organizar el transporte de estos artículos a lomo de llamas hacia los asentamientos inkaicos de la sierra y el altiplano.

En realidad, la columna vertebral del control inkaico en la Región de Arica y Parinacota no estaba en la costa, sino en la sierra, por donde pasaba uno de los ejes del Qhapaq Ñan o camino inka. Piensan los arqueólogos que el centro provincial inkaico que controló toda esta región estuvo en Zapahuira, un asentamiento serrano situado en una posición estratégica para el tráfico entre los valles costeros y las tierras altas. Poco antes de llegar a ese centro, las caravanas hacían escala en un conjunto de bodegas (*qolqas*) donde se almacenaban los productos que circulaban hacia o desde la costa, muchos de los cuales probablemente eran ocupados en los ritos de hospitalidad con que el Estado agasajaba a los mitayos. Zapahuira consistía en dos grandes complejos de



edificios, cada uno formado por una amplia plaza rectangular para acoger a la concurrencia, rodeada por grandes recintos rectangulares con techo a dos aguas (*kallankas*) donde se hospedaban los funcionarios y visitantes de más alto rango. En los casi 150 metros que separan a ambos complejos arquitectónicos, había habitaciones más rudimentarias de planta circular donde residía un personal de servicio al parecer casi enteramente integrado por gente de la zona.

Si el principal interés de los inkas en Arica y Parinacota estuvo en la producción del mar, en la Región de Antofagasta estuvo en los recursos mineros. A principios del siglo xv, los inkas asumieron el control de las minas principales y establecieron dos grandes centros provinciales en las zonas más densamente pobladas, así como con mayor potencial agrícola y ganadero. La idea era utilizar la "cosecha de la región" y la milenaria experticia minera de los atacameños para producir minerales de cobre a gran escala. Uno de estos centros estuvo en Catarpe, a unos siete kilómetros de San Pedro de Atacama y cerca de la mina de San Bartolo. Es un gran asentamiento, con alrededor de doscientos recintos, incluyendo dos plazas para festines de hospitalidad estatal. Aparentemente, fue construido por los inkas desde sus cimientos y casi al lado de una aldea local. El otro centro provincial estuvo en Turi, a unos 90 kilómetros al oriente de Calama, una aldea con más de seiscientos recintos, la inmensa mayoría de los cuales fue edificado con anterioridad al arribo de los cusqueños. En la parte más alta, donde la población local tenía uno de sus espacios más sagrados, construyeron una imponente *kallanka* en medio de una plaza también rectangular, seguramente para celebrar los consabidos ritos de hospitalidad estatal en retribución por las mitas.

La enorme vega situada a los pies de Turi debe haber proporcionado suficiente forraje para los rebaños y recuas del Estado. Las quebradas de la zona y sus extensos campos de cultivo, en cambio, fueron transformadas en granjas estatales, como parece ser el caso de las aldeas de Toconce y Paniri. Unos 20 kilómetros al sureste de Turi, se encuentra Cerro Verde, donde funcionó el centro de producción inkaico más importante de esta zona de la región. Consta de una mina de cobre, un campamento minero, un complejo administrativo dotado de plazas rodeadas por recintos y, en un promontorio, una pequeña construcción de forma piramidal (*ushnu*), cuya forma parece imitar al Echao, uno de los cerros tutelares de la población local. El camino inka que pasa por uno de los costados del sector inkaico de Turi, proviene del altiplano boliviano, prosigue al sur pasando por Cerro Verde, Catarpe, el Tambo de Cámar y Peine, cruza los más de 400 kilómetros del Despoblado de Atacama y arriba al fértil valle de Copiapó.

No siempre, sin embargo, los recursos mineros se hallaban tan cerca de la mano de obra, los campos de cultivo y los pastizales, como ocurrió en Turi, Cerro Verde, Toconce y Paniri. En el Alto Loa, por ejemplo, un valle extraordinariamente rico en minerales de cobre, los inkas se vieron obligados a movilizar contingentes de operarios por largas distancias y a ponerlos a trabajar en lugares muy desolados y en extremo inhóspitos. Es el caso de la mina de El Abra, distante unas

tres jornadas de Lasana y Chiu Chiu, oasis desde donde debe haber provenido la mayor parte de la fuerza de trabajo, así como muchos de los suministros alimentarios. Allí, los mineros del Inka trabajaron extrayendo turquesa y óxidos de cobre para la industria de la lapidaria, moliendo a golpe de martillo el mineral, seleccionándolo por tamaños, acopiándolo en los campamentos y cargando las recuas de llamas para transportarlos a sus lugares de destino. Como en la ideología de los inkas las rocas estaban dotadas de vida y pertenecían a poderosas entidades del submundo, toda esta actividad productiva era objeto de cuidadosos rituales. Pequeñas plataformas ceremoniales y conchas de *mullu* (molusco originario de las costas del Ecuador) han sido encontradas en las cercanías de los puntos de extracción del mineral. No contentos con esto, unos 25 kilómetros al oriente de El Abra, casi al borde del cañón del río Loa, los inkas mandaron construir el sitio de Cerro Colorado, un adoratorio de valle para que los trabajadores rindieran culto a las montañas, que, en las creencias andinas, son las verdaderas dueñas de la riqueza mineral. Cerro Colorado consiste de varias construcciones menores y una gran plaza adosada a un afloramiento rocoso, donde el oficiante de la ceremonia se dirigía la multitud de trabajadores que participaban en las mitas.

A un centenar de kilómetros al norte por el valle del Alto Loa, está la mina de Collahuasi, donde otro grupo de mineros, seguramente atacameño, trabajó para el Inka. Estos mitayos no solo laboraban para extraer minerales para la lapidaria, sino también para que metalurgistas tarapaqueños fundieran el mineral en hornos de piedra emplazados en lugares de alta exposición al viento. Hasta ahora, los arqueólogos solo han encontrado el campamento de los metalurgistas. Allí residían temporalmente estos mitayos, alojados en sencillas viviendas de muros de piedra. El núcleo administrativo inkaico del asentamiento es una construcción de tres patios alineados de norte a sur, rodeados por decenas de cuartos donde vivían los funcionarios a cargo del sitio y donde se almacenaban y preparaban los alimentos y bebidas con que se agasajaba a los operarios. A unos tres kilómetros de distancia pasaba un camino inka que venía desde el altiplano boliviano en dirección a las nacientes del río Loa y que conectaba a Collahuasi con un tambo o posada situado en la vecina localidad de Miño. Este tambo atendía el tráfico corriente por el Alto Loa, pero servía también para alojar a viajeros importantes que pasaban la noche en las dos *kallankas* que hay en ese lugar. El destino de estos viajeros era un adoratorio de valle muy similar al de Cerro Colorado, con una *kallanka* y una plaza orientada a un promontorio rocoso y al volcán Miño, este último uno de los principales cerros tutelares de las comunidades del Loa. Se piensa que a ese sitio eran conducidos los mitayos que trabajaban en Collahuasi, no se sabe si al inicio de sus turnos laborales o al final de ellos.

El enclave productivo multiétnico de Collahuasi y el adoratorio de Miño estaban localizados en otra de las disputadas fronteras entre atacameños y tarapaqueños, por lo que se supone que los inkas actuaron como mediadores para posibilitar el flujo de trabajadores de uno y otro



El "sacrificador", un personaje cuya imagen se repite a través de toda la historia y geografía de los Andes, aparece también en el arte rupestre del desierto chileno (dibujo: F. Maldonado; ilustración: E. Osorio).



origen más allá de sus respectivos territorios étnicos. Un rol administrativo-ceremonial similar puede haber ejercido el elaborado sitio de Inkaguano, situado en el altiplano de la Región de Tarapacá, aunque no es claro aún si este sitio estuvo vinculado a labores mineras, metalúrgicas o de otra naturaleza. Al igual que los adoratorios de Cerro Colorado y Miño, el uso de Inkaguano parece haber sido esporádico. De modo semejante al adoratorio de Miño, da la impresión que operó como un lugar donde el Inka mediaba ocasionalmente entre grupos tarapaqueños, que tenían su centro en la gran instalación incaica de San Lorenzo de Tarapacá, y gente de algún centro de similar envergadura localizado en pleno altiplano de Bolivia.

En general, los inkas respetaban las creencias de los pueblos conquistados. No obstante, en muchas de las altas cumbres rindieron culto a sus propias deidades, quizás como una señal de la incorporación de estos territorios a su imperio. En las faldas y, más frecuentemente, en la cima de los principales cerros sagrados, construyeron recintos ceremoniales e hicieron grandes hogueras con maderos de queñoa y llareta. En ocasiones, realizaron sacrificios humanos (*qhapaq uchas*) y dejaron en ofrenda hojas de coca, figurillas de plata, plumas multicolores y finas prendas textiles en miniatura. El

cerro Esmeralda cerca de Iquique y el volcán Lullailaco en el Despoblado de Atacama, son, entre varios otros, ejemplos notables de este interés de los inkas por crear una geografía sagrada al servicio del Imperio.

No se depositaba aún sobre el suelo el polvo levantado por el paso de las tropas del Inka, cuando las cabalgaduras de los españoles comienzan a hollar los caminos y senderos del desierto chileno. Se inicia entonces una etapa de expoliación y exterminio de las poblaciones aborígenes del Norte Grande de Chile que dura hasta nuestros días. Los escasos y preciados recursos hidrológicos del desierto más extremo de la tierra, tan celosamente cuidados, disputados y venerados por los antiguos nortinos durante casi trece milenios, son en la actualidad periódicamente contaminados y explotados hasta el agotamiento por la soberbia civilización moderna.

Reconocimientos:

La sección "Bajo el Imperio del Sol" se basa en datos y conclusiones de los proyectos FONDECYT 1010327, 1050276 y 1100905.

EL PODER DEL ARTE RUPESTRE

Se conoce como arte rupestre a las marcas o figuras trazadas por seres humanos sobre soportes rocosos. Son parte del arte rupestre las pinturas (pictografías) y los grabados (petroglifos) ejecutados sobre la superficie rocosa de cuevas, paredones y bloques aislados, así como los grandes geoglifos trazados en las laderas de los cerros y en las pampas, hechos por acumulación o despeje de las piedras de la superficie.

A diferencia de otros elementos de la cultura visual de los antiguos pueblos del Norte Grande —como la cerámica, los textiles o los tallados en piedra, madera y hueso, en que las figuras no siempre coinciden con la fauna local—, la selección de imágenes en los sitios de arte rupestre es altamente congruente con los animales del medio circundante. Más del noventa por ciento de los diseños son figuras de camélidos, ya sea silvestres, como el guanaco y la vicuña, o domésticos, como la llama. La presencia de estas imágenes en hábitats naturales de estos animales, su recurrente cercanía a vegas y fuentes de agua permanente o en proximidad a rutas de tráfico e intercambio y su contigüidad a depósitos arqueológicos cuyos contenidos demuestran diferentes utilizaciones de ellos por parte de comunidades humanas, revelan que esta imaginaria no era una simple mistificación ideológica de una fauna exótica a la región, sino el resultado de la preocupación de las poblaciones por un recurso local que desempeña un rol básico en su subsistencia.

La ejecución y la manipulación de imágenes de camélidos en el arte rupestre, parece haber sido parte de una ideología

de las antiguas poblaciones nortinas cuya finalidad era influir simbólicamente en los factores —reales o imaginarios— que determinaban la disponibilidad de estos animales para la economía local o el éxito de sus expediciones de tráfico con caravanas de llamas.

Cualquiera sea lo que estas imágenes hayan significado para las sociedades que las crearon y usaron, su valor simbólico probablemente les confería el poder de aumentar los camélidos salvajes disponibles para el cazador; incrementar los rebaños de camélidos domésticos para el pastor y lograr éxito en los largos viajes de los caravaneros con sus llamas cargueras a través de la puna y el desierto nortino.



El grabado fue una de las técnicas más usadas en la producción de arte rupestre (ilustración: J. Pérez de Arce).



Los grabados, las pinturas y los pictograbados de Taira, en el valle del Alto Loa, constituyen una de las más altas expresiones artísticas de los pueblos prehispánicos de Chile. Las imágenes plasmadas en este alero rocoso habrían servido a los pastores para propiciar la multiplicación de los rebaños de llamas (ilustración: J. Pérez de Arce).

LOS CHANGOS Y SU ÉPICA

En el siglo XVI, los europeos los describieron como “gente bruta”, “pobres” y “bárbaros” debido a la simpleza de la cultura que poseían. También fueron tildados de malolientes por su costumbre de beber sangre de lobo marino y untar sus cuerpos con aceite de lobo y grasa de ballena. Son los changos, últimos representantes de los pescadores y cazadores que, desde antes de los tiempos de la cultura Chinchorro, habitaron el árido litoral del Norte Grande de Chile.

Hoy sabemos que los changos no eran un solo grupo étnico, sino poblaciones diferentes, especializadas en los diversos aspectos de la vida de mar. Conocidos en un principio como “uros pescadores”, “camanchacas” o “proanches”, desde mediados del siglo XVII empieza a llamárseles “changos”, apelativo que prevaleció hasta bien avanzado el siglo XX, no sin cierta connotación despectiva.

Dueños de una gran capacidad para movilizarse a lo largo del litoral con sus balsas de madera, totora o cuero de lobos y dotados de una notable habilidad para aprovechar de manera integral y sustentable los recursos de unos de los mares más ricos del planeta, estos habitantes de las nieblas costeras tienen mucho que enseñarnos. Cuando en el presente han desaparecido tantas especies marinas por sobreexplotación y contaminación, es legítimo preguntarse quiénes son en realidad los primitivos y quiénes los civilizados.

Los changos son, así, portadores de un relato, una gesta de innovación tecnológica y conquista del océano de más de diez mil años, pero también de un mensaje de respeto al medio ambiente con innegables ecos en el Chile contemporáneo. Su ejemplo nos enseña que simplicidad no es sinónimo de barbarie, sino de un equilibrio inteligente con el medio en que nos toca vivir.



Los balseros changos llamaron poderosamente la atención de quienes visitaron las costas del norte de Chile. Diversos artistas dejaron plasmado este interés en una gran cantidad de ilustraciones (grabado: A. D'Orbigny, 1830 [detalle]).



Changos arponeando una ballena jorobada desde sus balsas de cuero de lobo (dibujo: E. Osorio).

Lecturas sugeridas

- ALDUNATE, C., 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile (500 a ca. 1800 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 329-348. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- AMPUERO, G., 1979. *Cultura Diaguita*. La Serena: Museo de La Serena.
- 1989. La cultura Diaguita chilena (1200 a 1470 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 277-287. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- AMPUERO, G. & J. HIDALGO, 1975. Estructura y proceso en la prehistoria y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungara* 5: 87-124.
- BALLESTER, B.; D. JACKSON, M. CARRÉ, A. MALDONADO, C. MÉNDEZ & R. SEGUEL, 2012. An Early Holocene task camp (~8.5 ka cal BP) on the coast of the semi-arid north of Chile. *Antiquity* 86: 88-98.
- BERENGUER, J. & P. DAUELSBERG, 1989. El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku (400 a 1200 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 129-180. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BIBAR, G., 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- BORRERO, L. A., 1995. Arqueología de Patagonia. *Palimpsesto* 4: 9-69, Buenos Aires.
- CANTARUTTI, G. & C. SOLERVICENS, 2005. Cultura Diaguita preincaica en el valle del Limarí: Una aproximación a partir del estudio de colecciones cerámicas. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 147-156, Tomé.
- CASTILLO, G., 1989. Agricultores y pescadores del Norte Chico: el Complejo Las Ánimas. En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 265-276. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- CASTILLO, G. & I. KUZMANIC, 1979-1981. Registro de colecciones inéditas del Complejo Cultural El Molle. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 17: 122-231.
- CERVELLINO, M., 1991. Minería prehispánica en la Región de Atacama. Copiapó: Ediciones Universitarias, Universidad de Atacama.
- CORNEJO, L., 1989. El plato zoomorfo Diaguita: Su variabilidad y su especificidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 3: 47-80.
- CORNELY, F., 1956. Cultura Diaguita chilena y Cultura de El Molle. Santiago: Editorial del Pacífico.
- DILLEHAY, T., 1976. Observaciones y consideraciones sobre la prehistoria y la temprana época histórica de la región centro-sur de Chile. En *Estudios antropológicos sobre los mapuches de Chile sur-central*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- DILLEHAY, T. & M. COLLINS, 1988. Early cultural evidence from Monte Verde, Chile. *Nature* 332, Londres.
- DURÁN, E. & M. T. PLANELLA, 1989. Consolidación agroalfarera: Zona Central (900 a 1470 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 313-328. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- ENGLERT, S., 1974. *La tierra de Hotu Matu'a. Historia y etnología de la Isla de Pascua*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- FALABELLA, F. & R. STEHBERG, 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: Zona Central (300 a 900 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 295-312. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- GARRIDO, F., 2011. Identidades y cambio en la transición del Período Medio al Intermedio Tardío en el Valle de Copiapó (Chile). En *La cerámica arqueológica en la materialización de la sociedad. Transformaciones, metáforas y reproducción social*. IV reunión internacional de Teoría Arqueológica Sudamericana Inter-Congreso del WAC 3-7 de julio 2007, Catamarca, Argentina, M. C. Páez & G. A. de la Fuente, Eds., pp. 27-44. BAR International Series 2294.
- GONZÁLEZ, C. & C. WESTFALL, 2005. Consideraciones sobre la prehistoria de Atacama: El Salvador y sus aportes locales e interregionales. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 38: 53-70.

- HIDALGO, J., 1972. Culturas protohistóricas del norte de Chile. *Cuadernos de Historia* 1, Universidad de Chile, Santiago.
- 1981. Culturas y etnias protohistóricas: Área Andina Meridional. *Chungara* 8: 209-253.
- HORNKOHL, H., 1951. Los petroglifos de la Finca de Chañaral, Provincia de Atacama, Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 12: 97-114.
- IRIBARREN, J., 1956. Arqueología del Valle del Huasco. Provincia de Atacama. *Revista Universitaria* XI y XLI (I): 183-212, Santiago.
- 1958. Arqueología en el valle de Copiapó. *Revista Universitaria* 43 (22): 167-195, Santiago.
- 1961. La cultura de Huentelauquén y sus correlaciones. *Contribuciones Arqueológicas* I. La Serena: Museo Arqueológico de La Serena.
- 1976. Arte rupestre en la Quebrada de las Pinturas (III Región). En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, S. J.*, H. Niemeyer, Ed., pp. 115-126. Antofagasta: Universidad del Norte.
- JACKSON, D.; & C. MÉNDEZ, 2005. Primeras ocupaciones humanas en la costa del semiárido de Chile: Patrón de asentamientos y subsistencia. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 493-502, Tomé.
- JACKSON, D.; C. MÉNDEZ, R. SEGUEL, A. MALDONADO & G. VARGAS, 2007. Initial Occupation of the Pacific Coast of Chile during Late Pleistocene Times. *Current Anthropology* 48 (5): 725-731.
- JACKSON, D., A. MALDONADO & M. CARRÉ, 2009. Early-Archaic Occupation (9265 CALYBP) on the Semiarid Coast of Chile. *Current Research in the Pleistocene* 26: 3-5.
- LABARCA, R., 2003. Relación hombre-mastodonte en el semiárido chileno: El caso de Quebrada Quereo (IV Región, Coquimbo). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 52: 151-175.
- LLAGOSTERA, A., 1989. Caza y pesca marítima (9000 a 1000 a. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 57-80. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- MC CALL, G., 1997. El pasado en el presente de Rapa Nui (Isla de Pascua). En *Etnografía. Sociedades indígenas contemporáneas y su ideología*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & P. Mege, Comps., pp. 17-46. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- MASSONE, M., 1987. Las culturas aborígenes de Chile Austral en el tiempo. En *Hombres del Sur*, catálogo de la exhibición homónima. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- MENA, F., 1991. Cazadores recolectores en el área patagónica y tierras bajas aledañas. *Revista de Arqueología Americana* 4: 131-163, México, D. F.
- MÉNDEZ, C.; D. JACKSON, P. LÓPEZ & D. JACKSON, 2005-2006. Tan lejos, tan cerca: De sitios paleoindios y depósitos secundarios. Intervenciones arqueológicas en el nivel II del yacimiento pleistocénico "Las Monedas". *Revista de Antropología* 18: 135-153.
- MÉNDEZ, C. & D. JACKSON, 2006a. La arqueología de Combarbalá medio siglo después... hacia una síntesis histórico cultural de su ocupación humana. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 267-275, Valdivia.
- 2006b. Preliminary Results of Excavations at the Late-Pleistocene Site of Las Monedas, Semiarid Coast of Chile. *Current Research in the Pleistocene* 23: 62-64.
- MENGHIN, O., 1962. Estudios de prehistoria araucana. *Acta Prehistórica* III-IV, Buenos Aires.
- METRAUX, A., 1950. *La Isla de Pascua*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- MOSTNY, G. & H. NIEMEYER, 1983. *Arte rupestre chileno*. Santiago: Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación.
- MULLOY, W., 1980. Reflexiones sobre el Ombligo del Mundo. *Anales de la Universidad de Chile* 161-162: 17-30, Santiago.
- MUÑOZ, I., 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (1000 a. C. a 500 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 107-128. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NAVARRO, X., 1994. Interpretación de ocupaciones precerámicas y cerámicas en los distintos microambientes de la costa de Chan Chan, Valdivia, X Región. En *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Antofagasta.
- NIEMEYER, H., 1965-1966. Una balsa de cueros de lobo de la caleta de Chañaral de Aceitunas (Prov. de Atacama, Chile). *Revista Universitaria* L-LI (II): 257-269, Santiago.

- NIEMEYER, H.; G. CASTILLO & M. CERVELLINO, 1989. Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0 a 800 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 227-263. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NIEMEYER, H.; M. CERVELLINO & G. CASTILLO, 1997. *Culturas prehistóricas de Copiapó*. Copiapó: Museo Regional de Atacama.
- NÚÑEZ, L., 1990. Los primeros pobladores (20.000? a 9000 a. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano. Eds., pp. 13-31. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NÚÑEZ, L. & C. SANTORO, 1989. Cazadores de la puna seca y salada del área centro-sur andina (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 9: 11-60.
- NUÑEZ, L.; J. VARELA & R. CASAMIQUELA, 1983. *Ocupación paleoindia en Quereo: Reconstrucción multidisciplinaria en el territorio semiárido de Chile*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- NÚÑEZ, L.; J. VARELA, R. CASAMIQUELA & C. VILLAGRÁN, 1994. Reconstrucción multidisciplinaria de la ocupación prehistórica de Quereo, Centro de Chile. *Latin American Antiquity* 5 (2): 99-118.
- ORELLANA, M., 1996. *Historia de la Arqueología de Chile*. Colección Ciencias Sociales. Santiago: Bravo & Allende Editores.
- PAVLOVIC, D., 2004. Dejando atrás la tierra de nadie: Asentamientos, contextos y movilidad de las comunidades alfareras tempranas del Choapa. *Werkén* 5: 39-46.
- PAVLOVIC, D. & J. RODRÍGUEZ, 2005. Nuevas proposiciones sobre el período alfarero temprano en la cuenca del Choapa. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 121-130, Tomé.
- PHILIPPI, R., 1860. *Viage al Desierto de Atacama*. Santiago: Librería de Eduardo Antón.
- RAMÍREZ, J. M., 2008. *Rapa Nui. El Ombligo del Mundo*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 2011. The Mapuche Connection. En *Polynesians in America: Pre-Columbian Contacts with the New World*, T. L. Jones, A. A. Storey, E. A. Matisoo-Smith & J. M. Ramírez-Aliaga, Eds., pp. 93-107. Lanham: Altamira Press.
- RODRÍGUEZ, A.; R. MORALES, C. GONZÁLEZ & D. JACKSON, 1991. Cerro La Cruz: Un enclave económico administrativo incaico, curso medio del Aconcagua (Chile Central). En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II. Temuco: Museo Regional de la Araucanía.
- SÁNCHEZ, R. & M. MASSONE, 1995. *Cultura Aconcagua*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- SANHUEZA, L.; D. BAUDET, D. JACKSON & L. CONTRERAS, 2004. La cultura Agrelo-Calingasta en el Choapa. *Werkén* 5: 47-52.
- SCHIAPPACASSE, V.; V. CASTRO & H. NIEMEYER, 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d. C.). En *Culturas de Chile: Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 181-220. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA, 1995. XXX Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología. Jornada de reflexión. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, Número Especial.
- TREUTLER, P., 1958 [1882]. *Andanzas de un alemán en Chile: 1851-1863*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- TRONCOSO, A.; F. ARMSTRONG, F. VERGARA, P. URZÚA & P. LARACH, 2008. Arte rupestre en el valle El Encanto (Ovalle, Región de Coquimbo): Hacia una revaluación del Sitio-Tipo del Estilo Limarí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2): 9-36.



Esta obra fue realizada con el auspicio de



Producción ejecutiva

Ricardo Ruiz de Viñaspre Puig

Editor general

José Berenguer Rodríguez

Asesoría editorial

Andrea Torres Vergara

Arte, diseño y producción

Engrama S.A.

Manuel Arriaza Torres

Freddy Sepúlveda Vásquez

David Malhue Godoy

Diseño de portada

Tesis DG

Juan José Neira

Diseño tipografía portada (Amster)

Francisco Gálvez Pizarro

Mapas digitales

MapCity

Fotografías

Fernando Maldonado

Nicolás Aguayo

Francisco Gallardo

Gloria Cabello

Claudio Mercado

Carlos Aldunate

Francisco Garrido

Luis Comejo

Fernanda Falabella

Lorena Sanhueza

Nicolás Piwonka

Charles Wellington Furlong

Francisco Mena

C. Viviani

José Miguel Ramírez

Jesús Ángeles Padilla

Soledad Barahona

Martín Gusinde

Hamburgisches Museum für Völkerkunde

Museo Chileno de Arte Precolombino

Canal 13

Biblioteca Nacional de Chile

Ilustraciones

José Pérez de Arce

Eduardo Osorio

Instituto Juan Ignacio Molina

Dibujos

Alex Olave

Guamán Poma de Ayala

Impresión

Nuevamérica Impresores

Registro Propiedad Intelectual

Inscripción N° 271979
ISBN 978-956-243075-3

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede reproducirse o transmitirse por ningún medio, sin previa autorización del Editor.

•••

*“Chile Milenario” es una obra de carácter cultural y didáctico, sin fines comerciales.
Su venta solo está permitida en la tienda del Museo Chileno de Arte Precolombino.*

•••

Santiago de Chile, diciembre de 2016.



Como un guiño al clásico de Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, este libro divide el territorio nacional en seis “países” para contar la historia larga de Chile a connacionales y extranjeros. Diversos autores escriben sobre la prehistoria del Norte Grande, el país del desierto extremo de la tierra; el Norte Chico, la tierra donde el desierto florece; el Valle Central, la tierra de las cuatro estaciones; el Sur de Chile, el reino de los lagos y los bosques; la Patagonia, la tierra que se hunde en el mar, y la Isla de Pascua, la tierra de Hotu a Matu’a. En un país con tan pocas síntesis sobre los pueblos prehispánicos y sus actuales descendientes indígenas, esta edición viene a llenar un importante vacío en la historia de la ocupación humana del territorio nacional.



**MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO**



El Cerrito
PISCO ELQUI - CHILE

